

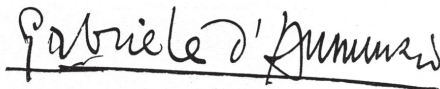
NO DEJARÍA NUNCA DE ESCRIBIRTE



Gabriele d'Annunzio

NO DEJARÍA NUNCA DE ESCRIBIRTE
Cartas de amor a Barbara Leoni

Traducción, introducción y notas de
Amelia Pérez de Villar

A handwritten signature in black ink, reading "Gabriele d'Annunzio", is written over a horizontal line. The signature is fluid and cursive, with the first letter 'G' being particularly large and stylized.

fórcola
Periplos

Periplos

Director de la colección: Javier Fórcola

Diseño de cubierta: Silvano Gozzer

Diseño de maqueta y corrección: Susana Pulido

Producción: Teresa Alba

Detalle de cubierta:

In the Tepidarium, Sir Lawrence Alma-Tadema, 1881

© De la traducción, introducción y notas,

Amelia Pérez de Villar, 2015

© Fórcola Ediciones, 2015

C/ Querol, 4 - 28033 Madrid

www.forcolaediciones.com

Depósito legal: M-25757-2015

ISBN: 978-84-16247-51-6

Imprime: Sclay Print, S. L.

Encuadernación: José Luis Sanz García, S. L.

Impreso en España, CEE. Printed in Spain

INTRODUCCIÓN

Amelia Pérez de Villar

La verdad es que, por su naturaleza, todo epistolario queda siempre incompleto.

Correspondencia entre George Sand y Alfred de Musset.
Diario íntimo. Edición de Louis Evrard

EL *DUCA MINIMO* Y LA BELLA ROMANA

Se conocieron en Roma el 2 de abril de 1887. Les presentó un amigo común al salir de un concierto en el Circolo Artístico de Via Margutta. Elvira Natalia Leoni, de soltera Fraternali, traste-verina –su acento la traicionaba–, era una mujer culta y versada en temas musicales que había estudiado canto y piano en el Conservatorio de Milán, y asistió a él seguramente por gusto. Gabriele d’Annunzio, poeta ya de cierto renombre y cronista social de varios periódicos romanos, pudo ir por obligaciones laborales o aprovechar éstas como pretexto para volver a verla, algo que intentaba denodadamente desde que la sorprendiera por primera vez ataviada con una chaqueta marrón mirando un escaparate de Via del Babuino, donde se quedó prendado de ella.

Ella tenía veinticinco años: había nacido el 26 de diciembre de 1862, apenas unos meses antes que d’Annunzio, aunque él se empeñara en elevarla a la condición de *vieille maîtresse* que tanto encendía su deseo. A los veintidós había dejado sus estudios en el Conservatorio para casarse con el conde Ercole Leoni, un hombre de negocios boloñés que al parecer no tenía ni condado ni dinero, pero sí renombre: de ahí las presiones de la familia Fraternali para que se celebrara el matrimonio. Cuando conoció a d’Annunzio, Elvira había abandonado el domicilio conyugal para regresar a Roma, a la casa paterna, aprovechando la convalecencia de una leve intervención quirúrgica. El supuesto conde era

violento, desconsiderado y gran frecuentador de casas de placer y mujeres de mala vida, entre otras faltas, y había contagiado a su esposa una gonorrea que le provocó hemorragias frecuentes, un aborto debido a la magnitud de la infección y a los daños que le generó en el útero y, en definitiva, la esterilidad total. Todo ello se añadía a los ataques epilépticos que la joven llevaba años sufriendo, y que también contribuyeron a incrementar las quejas del marido. Ercole Leoni, al menos en un primer momento, no opuso gran resistencia a la marcha de su mujer: a fin de cuentas, de poco podía servirle una esposa con la que no podía tener relaciones sexuales y que ahora ya tampoco podía darle un hijo.

El prólogo

La «sofferente», la desdichada Elvira Leoni, bella, morena, de ojos negros y tez pálida, alta, delgada y enferma, reunía todos los requisitos para convertirse en musa de Gabriele d'Annunzio y desde el comienzo se avino a participar en sus fantasías eróticas y sensuales («Puede decirse que en mí tienes una virgen», dijo al poeta al principio de su relación). Quienes han leído el epistolario sostienen que d'Annunzio se enamoró de verdad, y en palabras de Federico Roncoroni, «con un amor apasionado y exclusivo que fue también un amor de los sentidos y un amor cerebral que vivió con actitud bastante egoísta [...] un amor intenso en lo bueno y en lo malo».

D'Annunzio se había casado con Maria Hardouin di Gallese el 28 de julio de 1883, contra la voluntad del padre de ella, después de seducirla y dejarla embarazada. Tras la luna de miel marcharon a Pescara a conocer a la familia de él, que les prestó la Villa del Fuoco, donde pasaron el otoño de ese año y parte del invierno de 1884 y donde el 13 de enero nació el primer hijo del matrimonio, Mario. Pero la madre de Maria no quería tener tan lejos a su hija y medió para que el príncipe Maffeo Sciarra di Colonna, director de *La Tribuna*, empleara a d'Annunzio como redactor. En noviembre los d'Annunzio regresaron a Roma con el niño y se instalaron en el 10 de Via XX Settembre. En verano de 1885 regresaron a Pescara, pero en otoño Gabriele y Maria volvieron a Roma (dejando al niño con la familia de él, «porque hacía mucho

ruido») y buscaron un nuevo apartamento, esta vez en Via delle Quattro Fontane, 159, que el poeta describió a su suegra como «un gallinero». El 10 de abril de 1886 nacía el segundo hijo, Gabriellino, que fue entregado a una nodriza de la zona de Castelli nada más nacer con el pretexto de que permaneciera lejos de Roma para fortalecer su salud. Mientras tanto se extendían por los círculos literarios y periodísticos romanos los rumores de que el príncipe Sciarra mantenía, sostenía o soportaba a d'Annunzio sólo porque estaba enamorado de Maria. Estas habladurías fueron, según parece, la causa del duelo de Gabriele con Edoardo Scarfoglio, del que se hacen eco todos sus biógrafos.

Cuando un año después d'Annunzio inició la relación con Elvira Leoni, su mujer estaba ya esperando el tercer hijo del matrimonio y él había tenido otras amantes: según se cuenta, durante la luna de miel en Porto San Giorgio ya fue infiel a su esposa con una noble inglesa de la que sólo se conoce la inicial de su nombre, «M.»; pero su relación con la periodista Olga Ossani –reportera de *Capitan Fracassa*– era *vox populi*. También a d'Annunzio le dijeron algunos amigos, al día siguiente del concierto de Via Margutta, que él no era el primer amante de Elvira. Fuera como fuese, una cosa es cierta: se conocieron en la flor de la vida, ella era una mujer infeliz que estaba segura de poder encontrar, si no la felicidad, al menos alguna vivencia que le permitiera considerar que la vida valía la pena; él, un joven curioso, inquieto, siempre dispuesto a experimentar, no era todavía el infiel crónico en el que se convirtió más tarde. O tal vez sí. El germen, en todo caso, ya existía.

No se puede negar la cantidad de elementos románticos que contiene esta historia. Tampoco se puede negar la naturaleza: jóvenes ambos, insatisfechos e infelices, era lógico que los dos buscaran una salida. Si miramos su historia conjunta, la que nos dejan sus cartas y la biografía de ambos con la luz de aquel presente, probablemente nos sintamos inclinados al juicio benévolo, aun considerando la situación familiar de d'Annunzio: un hombre que a los veinticuatro años ya tiene dos hijos y otro en camino ha empezado a vivir demasiado pronto, y no ha de pasar mucho tiempo antes de que él mismo sea consciente de que ha cometido un error. Por otra parte, aquélla era una de esas épocas de la Historia en que las relaciones extramatrimoniales

existían y se toleraban, naturalmente con una actitud de lo más hipócrita: a su gran amigo Scarfoglio, casado con la también escritora y periodista Matilde Serao –junto a la que fundaría *Il Corriere di Napoli*–, también se le conoce más de una relación extramatrimonial, aunque su mujer no fuese una esposa tradicional que viviera encerrada en la cocina; muchas mujeres de la época también tenían amantes: a la propia Maria Hardouin se le atribuyen algunos amoríos fuera del matrimonio, como veremos más adelante, aparte de los rumores de la relación con Sciarra. Ciertos estratos de la sociedad de entonces mantenían un doble rasero en este sentido en virtud del cual se aceptaban los «*peccadilloes*», como diría Samuel Pepys, siempre que no se sobrepasaran ciertos límites. Mientras duró su relación con Barbara Leoni, d'Annunzio seguramente no fue tan puro como se afana en mostrarnos en sus cartas, pero tampoco el infiel irreverente, vicioso e incurable que nos han dado a entender sus obras y sus biografías posteriores.

Fue por tanto esta época de la relación con la Leoni, de 1887 hasta 1891, de gran importancia en la creación del hombre, del literato y del mito: el joven poeta, que habría triunfado en Roma y se estaba a dando a conocer como cronista mientras perseguía el sueño de escribir su «obra maestra», no tenía ni idea aún de lo que era sufrir el acoso de los acreedores pero tampoco de lo que podía hacer para esquivar situaciones incómodas: eso lo aprendió con el paso de esos años, como también aprendió a aceptar sin sentirse humillado la caridad ajena, masculina o femenina, incluso llegando a ser un mantenido (como sucedió en su relación con Eleonora Duse), a manejar con gracia y cara dura sus deudas (como aquella ocasión en que firmó un cheque sin fondos a un hotelero de París y le dijo que si vendía su autógrafa sacaría por él una cantidad superior a la deuda), a vivir de prestado sin sentir vergüenza, a encontrar siempre a alguien que por amistad, por lástima o por admiración diera la cara por él y le sacara del atolladero. En aquellos años se configuró el amante infiel, el deudor irredento, el hombre aprovechado, egoísta y de corazón duro. Se fraguó el adicto al opio que no tendría inconveniente en pasar a otras experiencias más arriesgadas, como es sobradamente conocido en la época final de su vida, primero en Fiume y luego en Il Vittoriale. Contra lo que él mismo se empeña en demostrar

en el año de su servicio militar, germinó en él el soldado, el patriota, el líder de masas que acabaría arengando a los italianos para que se animaran a entrar en una guerra probablemente inútil y que configuró el germen del fascismo italiano. Comenzó a existir el hombre sexualmente insatisfecho, siempre insatisfecho, que quiso probarlo todo y pasar todos los límites, accediendo incluso a pagar por ello lo que no pagaba por otros gastos más inmediatos, como su comida o su mobiliario. Entre 1887 y 1891 escribió, entre otras cosas, *El placer*, *El inocente* y *Triunfo de la muerte* que son, a excepción de *El fuego*, sus obras en prosa más grandes y universales, además de las *Elegías romanas*, *La Chimera* y el *Poema paradisíaco*, entre otras obras en verso. «La bella romana» no sólo contribuyó a crear al d'Annunzio humano tal y como le conocemos hoy: también al escritor, italiano universal, capaz de reelaborar con originalidad los grandes modelos literarios de la época, tanto italianos (como Carducci o Verga) como extranjeros, sobre todo los franceses Flaubert, Zola y Maupassant. En muchas de sus primeras cartas d'Annunzio cuenta a Barbara sus sensaciones con la escritura y con la creación, su persecución de la «obra maestra», y manifiesta más de una vez que tiene la sensación de estar buscando todavía su estilo, su propia voz. Si nos atenemos a sus relaciones amorosas puede decirse que Eleonora Duse, actriz ya célebre cuando se conocieron, le hizo universal y le consolidó como mito de la literatura italiana, pero fue Barbara quien lo creó tal como ha llegado hasta nosotros, o quien le acompañó mientras él sufría esa metamorfosis en la que su papel es indiscutible.

Se conocieron el 2 de abril de 1887, fecha que se convertiría en sagrada en su calendario íntimo. La mañana del domingo 3 la dedicaron a visitar Roma, que se convirtió en parte de su mapa amoroso: iniciaron una serie de paseos y recorridos por iglesias, palacios, galerías y fuentes cuya crónica quedó plasmada en las colaboraciones periodísticas de d'Annunzio, muy especialmente en la serie *Crónicas romanas*, entre las que destacan las de la Galleria Borghese y la visita que él hace en solitario, y luego le refiere, al Cementerio Inglés de Roma, incluida en *Crónicas literarias y autorretrato*. El 4 de abril, tras perderse por el laberinto de callejuelas y plazas de la Ciudad Eterna –Via del Tritone, Piazza Farnese, Via dei Condotti– recalaron en la Piazza del

Fontanone*, más conocida para los forasteros como Fontana di Trevi, y entraron en la iglesia de los santos Vincenzo y Anastasio y de ahí al claustro del patio. Apoyados en la verja se besaron por vez primera: otra fecha señalada en el calendario de los amantes, que tan importante llegó a ser en su relación y en la crónica de ésta, «el epistolario de amor más hermoso de todos los tiempos», en la frase ya universal del crítico Luigi Trompeo.

Según una costumbre que se convertiría en ritual a partir de entonces, en aquel momento d'Annunzio rebautizó a la amada con un nombre más alejado de lo familiar (tanto una de sus hermanas como su suegra se llamaban «Natalia») y más acorde con la naturaleza salvaje y «bárbara» de su pasión recién nacida. Elvira Leoni se convertía en Barbara y después en Barbarella, el apelativo cariñoso con el que se dirige a ella en casi todas las cartas, hasta tal punto que el lector nota cuándo las cosas no van bien porque ha dejado de emplearlo, aunque sólo sea de manera ocasional. Pocos días después tuvieron ocasión de verse a solas y en la intimidad en el estudio del pintor Guido Boggiani, que fue quien les presentó, en Via San Nicola da Tolentino. Como tantos momentos y experiencias de su relación con Barbara, d'Annunzio inmortalizó aquel encuentro habido el 10 de abril en su novela *Triunfo de la muerte*:

[...] ella había aceptado ir a su casa. ¡Ah, qué día inolvidable! No había podido rendirse a su deseo porque aún no estaba restablecida del todo y, debido a una larga serie de circunstancias, durante casi dos semanas ella no pudo entregarse. A cuantas caricias puede aspirar un hombre en cuyo deseo está loco de desesperación, a las más osadas, ella se entregó con total abandono: inexperta, ignorante, a veces desconcertada, ofreció al amante el espectáculo ACRE y divino de la agonía del pudor lacerado por la pasión desatada... Su actitud

* Existe otra plaza llamada Piazza del Fontanone, en la que hay una iglesia además de una gran fuente, como indica su nombre. Se encuentra en el Trastevere romano. Dado, sin embargo, que Barbara ya no vivía en el Trastevere en aquella época, y que la ruta de los amantes discurría por la zona monumental más emblemática de Roma, cabe pensar que el escenario del primer beso fuera la iglesia de la plaza de la Fontana di Trevi como apuntan la mayoría de los biógrafos, y no la otra.

en aquella primera comunión había sido de inercia, casi de frialdad e incluso de desagrado contenido. En dos o tres ocasiones le pasó por la cara una expresión de dolor. Pero poco a poco, de día en día, una sensibilidad latente había comenzado a despertar en sus fibras entumecidas por la enfermedad, aún doloridas por los espasmos de la metralgia y puede que aún dominadas por el instinto hostil hacia un acto que ella ya había vivido como algo odioso en las terribles noches de su matrimonio.

Entre abril y junio sus encuentros fueron casi diarios, a juzgar por la fecha de la primera carta que se conserva, escrita el 8 de junio, después de llegar d'Annunzio a Pescara procedente de Roma para resolver unos asuntos familiares. Se quedará allí entretenido con dichos asuntos familiares y otros más mundanos, como las visitas a Castelbordino, Ortona, Orsogna, Guardiagrele... o las reuniones con sus amigos del *Cenacolo* de Francavilla y una excursión a Nereto de la que habla en las cartas como un compromiso ineludible que no fue tal, y al que asistió poco menos que obligado: los anfitriones eran Simone Delfico y Vinca Sorge, mujer culta y atractiva a la que d'Annunzio intentó conquistar durante la visita, sin éxito. Regresará a Roma a principios de julio y volverá a ver a Barbara el día 4, como pone de manifiesto el billete que le envía ese mismo día, citándola («Ya estoy aquí. Ven mañana a las once de la mañana a la Trinità dei Monti. ¡Qué impaciencia!»). Seguirán viéndose hasta finales de mes en el estudio de Boggiani y en el de Francesco Paolo Tosti, en Via dei Prefetti –dejando un hueco en nuestro epistolario– hasta la partida de Barbara. Ese día, 31 de julio, le escribe una carta (carta 17) contándole que ha visto a su marido entrar en el Caffè Morteo, de regreso sin duda de acompañarla a la estación de tren: ante la insistencia de su familia se trasladaba a pasar el verano en Rímini, junto a su hermana Teresa. A partir de ese momento el intercambio de cartas continúa, no sin algún contratiempo: el 4 de agosto leemos en una de ellas que la esposa de d'Annunzio, Maria, ha encontrado una de las de Barbara y la ha leído. D'Annunzio ve tambalearse sus planes de hacer una travesía por el Adriático en el *cutter* de Adolfo de Bosis, rumbo a Venecia y con parada en Rímini para visitar a su amante.

1

[Pescara] 8 de junio

Bella mía:

Llevo soñándote toda la noche con los ojos abiertos, en el gran plenilunio que me provocaba una tristeza y la angustia de un deseo indecible.

Aquí, de momento, lo único que siento es una especie de ahogo. El mar tiene una luminosidad tan serena, un verdor tan exuberante los collados y todo el litoral, el cielo un esplendor tan terso y tan dulce, que yo me siento morir de deseo por ti.

Tengo tu carta. ¡Gracias!

Te escribo a toda prisa, porque me apremian. Mañana te escribiré una carta más larga.

¿Recuerdas? ¿Recuerdas? ¿Recuerdas?

Te beso en la boca, en el cuello, en los brazos, en los cabellos, en la *rosa original*, por todas partes, con avidez y sin fin.

Escríbeme a Pescara.

Tuyo, tuyo siempre.

2

[Pescara] Corpus Domini [jueves 9 de junio]

Bella mía:

Regreso ahora del mar y tengo aún el pelo húmedo de agua salada, y en todo el cuerpo el calor dulce del sol de la mañana. Es mediodía. Y tú, ¿qué haces?

¿Recuerdas cuando a esta hora bajábamos por el Pincio entre los árboles, y yo te besaba de pronto la mejilla teñida de una apagada palidez de oro?

¡Cuántos sueños sobre la arena ardiente! El mar, todo verde y brillante, ondeaba como un enorme paño de seda antigua y me alcanzaba los pies; las barcas parecían inmóviles allá a lo lejos; el viento traía consigo el aroma de los limones. ¿Por qué no has venido? Hace un momento me ha parecido verte caminar por la orilla con ese porte tuyo, alto y ágil, con tu paso mullido, como en la Piazza di Spagna junto a las vitrinas de los orfebres¹. Tu cabeza de reina bárbara, animada por los vientos marinos, se reflejaba en el interior del paraguas; y tus ojos, bajo esas pestañas de largura zalamera, eran rosáceos como en las horas del amor.

¿Qué hacías en ese instante? ¿Pensabas en mí? ¿Sentías mis pensamientos?

Yo partiré esta noche hacia Casalbordino. Escríbeme enseguida a Pescara: regresaré el domingo. Luego volveré a salir, a caballo, hacia el interior. Volveré a escribirte desde algún pueblo salvaje.

Adiós, adiós. Preguntaré a la hechicera por tu destino y le pediré que me dé una pequeña piedra mágica.

Adiós. No sé lo que daría por tenerte ahora aquí, entre mis brazos, desnuda y olorosa. Ahí afuera el sol deslumbra; se siente el rumor de las olas; desde el jarrón, los lirios exhalan un perfume intensísimo. Las cortinas del balcón ondean como las velas de un navío.

Yo te llamo, te llamo, te llamo.

Gab.

3

[Pescara] Sábado 11 [de junio]

Regresé ayer noche de Casalbordino, cansado y triste. Había pasado ya la hora del correo, de modo que no pude escribirte ni una línea: hoy no tendrás carta mía y puede que pases un día melancólico, sobre todo si ahí en Roma el cielo está gris como aquí.

Yo, sin embargo, tengo tu carta dulcísima, perfumada toda con ese aroma que adoro... ¿te acuerdas?

Cuando me la han traído estaba todavía en la cama. Fantaseaba escuchando el estruendo de la lluvia que golpeaba los cristales del balcón. Después he seguido soñando un poco, mientras

aspiraba su aroma. ¿Te acuerdas, Barbara, de cuando al caer la tarde en aquella habitación casi a oscuras yo me volví ebrio de ti, de tu cuerpo desnudo, de tu belleza, de tu color, del sabor de tu carne, toda húmeda aún, cálida de mis besos? ¿Te acuerdas? Parecías entonces, en la penumbra, una flor, una enorme flor humana, más embriagadora que un vino exquisito y más dulce que la miel pura. ¿Te acuerdas?

*Je ne respire plus, dans l'air tiède d'été
Les parfums de ton corps et de ta chevelure;
Mais comme un feu secret au fond d'une brûlure,
Le désir de ta bouche à ma bouche est resté!*²

Hoy mi tristeza es grande. El tiempo está gris, pero por todas partes se encuentra el reflejo pesado del sol que está escondido. El calor es intenso. Las golondrinas llenan el aire cantando sin cesar con gorjeo implacable. Resulta que este pueblo es un refugio de golondrinas. Y tú, ¿qué haces? ¿Dónde estás?

Ayer por la mañana, antes del alba, salimos para Casalbordino. La iglesia de la Virgen de los Milagros está en medio de una llanura que termina en el mar. Una multitud inmensa de fanáticos se agitaba en torno a la iglesia, gritando. El espectáculo era terrible. Centenares de mujeres harapientas, todas ensangrentadas, se arrastraban por el polvo ante la imagen. Los gritos, el llanto, el estrépito, ascendían al cielo. Un polvo ardiente lo envolvía todo y el sol quemaba como una llama viva sobre la llanura abierta.

Me quedé allí siete horas. La multitud se renovaba continuamente. ¡No podría explicarte lo que he visto!

Cansados, nos fuimos de allí en busca de una sombra. Me atormentaba pensar en la carta que tenía que estar, no había duda, en Casalbordino. El pueblo está lejos de la iglesia, a unos tres kilómetros. Luego dejé a mis amigos a la sombra de unas encinas enormes, junto a un arroyuelo, y me fui a Casalbordino a caballo.

El camino era blanquísimo, de una blancura cegadora. Atravesaba campos de trigo. El sol ardía en su cénit, en el cielo, en medio de un azul cruel. A los lados del camino, de cuando en cuando, encontraba tirados en medio del polvo algunos seres deformes que no tenían aspecto de humanos: hombres aquejados de elefantiasis, que mostraban una pierna negruzca y enorme, como

el tronco de un árbol; hombres lisiados que tendían las manos, retorcidas como raíces; ciegos que tenían los ojos hundidos y rojos, y de los que brotaba una materia purulenta; leprosos cubiertos de llagas; mujeres con hidropesía que mostraban el vientre hinchado para inspirar compasión; las deformidades más tristes y las enfermedades más repugnantes se encontraban allí, entre el polvo, a pleno sol.

¡Qué cabalgata tan lúgubre la mía! Aquellos seres pedían limosna chillando y revolcándose en el polvo con gestos tan desesperados que me sentí invadido de repente por una especie de sobrecogimiento. Espoleé al caballo y llegué a la plaza de Casalbordino a galope tendido. No había errado: allí estaba tu carta. ¡Cómo te lo agradeció mi corazón, Barbara! Pero era una carta triste, llena de sollozos y de lágrimas. Volví a pasar por la carretera de los mendigos. Tenía el corazón tan henchido que no sabía si lograría contener el llanto. Aquellos infelices seguían gritando, mostrándome sus llagas, tendiéndome sus muñones, mirándome con sus ojos animalescos de párpados hinchados. A mi alrededor el campo exhibía su hermosa opulencia y, al fondo, el mar se deshacía en un tono virginal, entre el verde del berilio y el azul de las turquesas.

Un día inolvidable. Cuando ayer tarde regresaba a casa me presionaba la frente un círculo como de fuego. El cansancio era tal que, apenas me hundí en el diván, caí en un sueño pesado como la muerte. El criado me desvistió y me llevó a la cama sin que yo me diera cuenta. Era medianoche, la hora a la que a veces te veía en tu ventana, bajo la luna.

Mientras escribo, el cielo se va serenando donde toca el mar. Saldré cuando termine de escribirte: iré a Francavilla en el *Lady Clara*³.

Mañana domingo asistiré a una boda campestre. El lunes partiré hacia Ortona, Orsogna, Guardiagrele, Casoli, Lama dei Peligni, Palena, etcétera, etcétera. Regresaré aquí el sábado, creo. No sé qué hacer para recibir todas tus cartas durante el viaje: voy a parar pocas horas en cada uno de estos pueblos y no me va a ser fácil ir a retirarlas. Tendré que resignarme a pasarme unos días sin noticias tuyas. ¡Qué tortura!

En todo caso intentaré escribirte como sea al menos unas líneas. Figúrate: en algunos pueblos no tienen ni siquiera estafeta de correos.

¡Con qué deseo pienso en el regreso! Hace apenas cuatro días que no te veo y parece que haga un siglo. Espero irme de aquí el lunes, no este próximo sino el siguiente. De todos modos, te avisaré.

Tú no me escribas en todos estos días, después de recibir ésta. Pero a ver si el sábado, cuando vuelva a Pescara, me encuentro una carta tuya y me cuentas en ella todo lo que haces y en qué piensas.

¡Adiós, adiós, amor! Te beso la boca mil veces, la bella boca triste que me recuerda a la de un dios adolescente. ¿Recuerdas cuando yo te decía: «Dame de beber»? ¡Qué dulce era el licor que me ofrecías de tus labios, entrecerrando los ojos y dejando caer un poco la cabeza hacia atrás!

Adiós. No acabaría nunca de escribirte. Pensaré en ti todo el rato, cuando vaya navegando a Francavilla. Me llama Valori, el marinero: el *Lady Clara* está ya preparado.

¡Adiós, divina Barbara!

Te beso largo, largo, largo, *donde tú sabes*.

Gabriele

4

[Pescara] Domingo [12 de junio]

Tu carta de hoy me ha provocado mucho dolor. Estás enferma... ¡Pobre Barbara! Tengo tu carta aquí, en este momento, cuando estoy a punto de partir a Francavilla. Ayer, como te contaba, fui al mar. El tiempo se había serenado y por todas partes había una frescura voluptuosa. Yo había metido las manos en el agua, en la estela del barco, y pensaba en ti. Algunas veces me parecía ver surgir de improviso del fondo oscuro tu cara pálida sonriéndome recelosa.

¿Cómo estás hoy? ¿Te has repuesto?

¡Y pensar que yo, a partir de hoy, no podré tener noticias tuyas! Intenta escribirme, al recibo de ésta, a Lama dei Peligni, en los Abruzzos. A ver si puedo ir a retirarla. Escíbeme, aunque sólo sean unas letras, diciéndome que estás mejor.

Hoy te llegará una carta mía larguísima. ¿No te parece, también a ti, que desde el día que nos separamos ha pasado una infinidad de tiempo? Yo no puedo más. Regresaré apenas terminemos este viaje.

Adiós, adiós, bella mía. Mi divina Barbara. Te beso toda, toda, como en aquellos días, toda, en el cuello, en la boca, en el pecho, en las rodillas, en la cisternina de tu nuca, largo, largo, sin fin.

Adiós, amor.

Tu G.

5

[Pescara] Lunes [13 de junio]

Bella mía:

Salgo en este momento. Como seguro que cambio de itinerario, no me escribas a Lama dei Peligni. Escríbeme mejor a Pescara, apenas recibas ésta. Ayer pasé una jornada muy triste. El jaleo de la boda me puso mal. ¿Tú cómo estás? ¿Piensas mucho en mí? ¿Me llamas?

Mañana preguntaré a la bruja por tu destino, y le pediré la piedra⁴. Luego te la llevaré.

Adiós, bella mía. A causa de un embrujo te verás condenada a amarme siempre, y a morir del amor que yo te tengo.

Te beso la boca perfecta y los maravillosos ojos.

Gabriele

6

[Pescara] Miércoles [15 de junio]

Perezosa mía:

Tengo tu breve carta. Yo te escribo una brevísima, y eso que tengo una cantidad extraordinaria de cosas que contarte. He vuelto hace algunas horas de una excursión por Orsogna. Probablemente vuelva a ir mañana. Pero tú, a pesar de todo, escríbeme siempre aquí, a Pescara.

¡Qué excursión tan bonita, qué excursión maravillosa e inolvidable la de ayer! Pero ite deseaba tanto! A cada momento, a cada paso, con cada nueva maravilla, mi alma te llamaba. Si te hubieras quedado conmigo...

Salimos anteayer y pasamos la tarde y la noche en Orsogna, que es un pueblo de piedra bajo la montaña, la gran madre